

Introducción

Este volumen presenta al lector el reexamen de un período crucial en la historia cultural de América Latina: el que corresponde al surgimiento de una identidad criolla diferenciada que pugna por definirse en el contexto de las contradicciones sociales y conflictos de poder que caracterizan a la *ciudad letrada*.

La "fiesta barroca", que marca la vida cultural y política del mundo colonial en el siglo XVII, se presenta al estudioso actual como una "pluralidad significativa": en ella se celebran y ritualizan los dogmas que sustentan el imponente edificio de la fe y la razón de estado. En ella se practica, también, el culto subversivo y secreto de la Razón que anuncia una modernidad nutrida por el espíritu de la "contraconquista" y los sentimientos protonacionales.

Si se acepta que, como indicara Octavio Paz, "la heterodoxia frente a la tradición castiza española es nuestra única tradición" el Barroco es, por cierto, la instancia inaugural de un proceso en que lo americano emerge con voz propia, aunque articulado todavía a las instituciones y discursos del Imperio. Esta conflictiva dialéctica entre metrópolis y mundo colonial es la que dinamiza el proceso de apropiación y reconversión cultural en América, en un siglo frecuentemente oscurecido por interpretaciones colonialistas que privilegian y sobredimensionan la capacidad reproductiva de la cultura del dominador, sin atender a los signos que anuncian la emergente conciencia social del dominado y las estrategias representacionales de que éste se vale para consolidar su identidad y sus proyectos alternativos.

La cultura del Barroco, tan exhaustivamente caracterizada por José Antonio Maravall para el caso español, traslada a América el primer modelo totalizante de representación e interpretación de la realidad de la época. Ese modelo provee, en efecto, una visión del mundo y las relaciones sociales en la que se combinan razón, creencia y conocimiento sensible

produciendo una síntesis que celebra y confirma los principios sobre los que se asienta la España absolutista y contrarreformista. Filosofía, religión, teoría del estado, música, artes visuales, literatura y ciencia constituyen durante el período barroco un sistema de conocimiento a través del cual se monumentaliza la imagen del Poder absoluto y se exploran los mecanismos de reproducción ideológica en un mundo que se expande más allá de las fronteras de lo conocido, hacia el dominio de la imaginación y la utopía. A través de los modelos representacionales del Barroco se exhibe y ritualiza la hegemonía imperial invadiendo de símbolos la cotidianeidad y la vida pública. Iglesia y Estado alimentan y a la vez se nutren de este ceremonial que alegoriza el Poder sobre el que descansa la sociedad aristocrática y colonialista del siglo XVII.

Esto no significa que el Barroco europeo, y particularmente el español, constituyan un bloque estética e ideológicamente uniforme. La posibilidad de distinguir un "Barroco de estado" y un Barroco popular indica ya la existencia de diversos proyectos culturales que interpelan al receptor peninsular en distintos niveles desde perspectivas epistemológicas que confluyen y a la vez se enfrentan entre sí, presididas por los grandes poderes de la monarquía, la Inquisición y la escolástica. Las contradicciones, claroscuros y paradojas del Barroco, tanto como el espacio que esta estética abre a la parodia, la ironía y la reflexión crítica, son quizá los factores de más rápida trasmisión y fermento de la *weltanschauung* barroca tanto en las urbes metropolitanas como en las virreinales.

En América, finalizadas ya para el siglo XVII las grandes gestas colonizadoras, la sociedad criolla se enfrenta a los conflictos de su propia materialidad. La dinámica política y social de la colonia se integra como una voz disonante al espectáculo barroco, y con frecuencia sus contradicciones e interrogantes desbordan los tópicos y modelos representacionales provistos por los discursos dominantes. Sublevaciones, herejías, pestes, desastres naturales, así como la persistencia de un indómito paganismo iluminan un espacio

satánico irredimible que escapa a la misión civilizadora y desborda la previsions institucionales. La realidad de la superexplotación indígena y el relegamiento criollo polarizan la vida colonial introduciendo el pensamiento crítico como un arma de manipulación y desmontaje de los grandes discursos imperiales.

La cultura del Barroco, aristocrática, ornamental y dogmática, subyuga y al mismo tiempo desafía al productor cultural de la colonia, que debe buscar a través de la homogeneizante retórica del Poder la voz y las palabras a partir de las cuales configurar su identidad y definir al Otro. El resultado de esta búsqueda es un discurso transgresor, frecuentemente contradictorio pero siempre fermental, que desborda y redimensiona los modelos de pensamiento, representación e interpretación heredados del dominador, enriqueciéndolos con la creatividad de la subversión y la crítica.

La condición semi-autonómica del sector letrado que Rama señalara como una de las tónicas de la cultura virreinal, crea inusuales condiciones de producción y recepción cultural en la América colonial. La inserción del letrado en la compleja y jerárquica estructura eclesiástico-administrativa a través de la cual la metrópolis controla sus posesiones de ultramar determina, en efecto, los parámetros dentro de los que se ejerce el poder interpretativo, se canta la desafiante materialidad del Nuevo Mundo y se fraguan las alianzas, disidencias y proyectos criollos.

Al mismo tiempo debe recordarse, como indica John Beverley en su estudio sobre "Gracián o la sobrevaloración de la literatura", que "la separación de los sistemas literarios español y latinoamericano realmente sólo comienza a tener algún sentido hacia el fin del siglo diecisiete", de modo que el estudio de fuentes e influencias, tanto como la distinción entre *tradición* y *originalidad* debe realizarse teniendo en cuenta las múltiples articulaciones culturales e ideológicas que corresponden a este particular momento de la dominación colonial en América.

El complejo proceso de transculturación a través del cual

se imponen en el mundo americano tanto praxis sociales como modelos de pensamiento y representación discursiva, da como resultado en el Barroco creaciones poéticas que rebasan los límites marcados por la tradición y las prácticas metropolitanas. La paradoja de la escritura barroca de que nos habla Beverley al analizar las relaciones entre discursos hegemónicos y procesos de institucionalización literaria, revela en esta época justamente ese carácter jánico tantas veces verificado en el texto virreinal: la escritura barroca es a la vez formalización y vehículo de los discursos hegemónicos, y figuración de los límites de ese poder.

Esta polivalencia del discurso barroco ha causado gran divergencia en la interpretación y valoración de la literatura del período. Entendido con frecuencia como mera reproducción de los modelos europeos y particularmente de los peninsulares, el Barroco hispanoamericano ha servido a la crítica eurocentrista para ilustrar las tesis que afirman que el desarrollo cultural del colonizado reproduce, generalmente en forma degradada, la cultura del dominador, desplazando los contenidos que remiten a las formas vernáculas y a la problemática de las sociedades de ultramar, y plasmando en el imaginario colectivo de la colonia los valores, rituales y discursos metropolitanos.

Por su parte, las posiciones que Alfredo Roggiano califica como "revisionismo hispanoamericanista" intentan relevar más bien las marcas de disidencia que, integradas en el discurso barroco, relativizan los alcances del proyecto unificador y homogeneizante de las metrópolis peninsulares. Enfocando la relación colonial como una dialéctica entre centralismo y marginalidad, hegemonía y subalternidad, esta crítica descubre en las estrategias representacionales del Barroco virreinal un repertorio de tópicos, técnicas y problemáticas específicas que constituyen parte de una agenda criolla en la que tiene prioridad la *elaboración de la diferencia* que hace del sujeto colonial un ser social consciente de sus articulaciones existentes o posibles con el Poder imperial. Ese nivel de "conciencia posible" del sujeto colonial es el que permite definir sus formas de identidad individual y colec-

tiva, plasmándolas a través de discursos que son "mímica" (imitación paródica) de los dominantes, o que directamente los desafían, impugnan o cuestionan en mayor o menor grado desde los resquicios dejados por las grandes "narrativas" de la época.

Beligerante, irónico, reivindicativo, el discurso virreinal utiliza el juego de espejos y máscaras barrocas: es el caleidoscopio en que se compone y recompone la imagen propia, como reflejo y fragmentación de la del Otro. Alteridad e identidad son por lo tanto cara y contracara de una misma experiencia colectiva y de un mismo proyecto: el que pugna por materializar la utopía del ser americano en tanto sujeto social diferenciado.

Esa escritura dual, a la vez contestataria y confirmatoria del poder imperial se verifica ejemplarmente en la producción de los autores analizados en este volumen la cual deriva, de manera más o menos mediatizada, de la oratoria religiosa tanto como de la tradición literaria occidental, a las que se suman los recursos provenientes de la retórica forense y el discurso político.

En Carlos de Sigüenza y Góngora, autor paradigmático del Barroco virreinal estudiado por Sam Cogdell y Kathleen Ross, se perciben tensiones ideológicas que desafían el equilibrio del regulado orden colonial. Con un dialogismo carnavalesco, su *Alboroto y motín de México* introduce la lógica de la subversión popular en el orbe ordenado y jerárquico de la Nueva España, mostrando la dinámica confabulatoria y oculta que amenaza los espacios controlados por los discursos y las instituciones imperiales. Como en *Infortunios de Alonso Ramírez*, la pluma del polígrafo mexicano releva en *Alboroto y motín de México* la peripecia de actores marginales que ofrecen el espectáculo barroco de su contradictoria heterogeneidad a través de acciones que polarizan el mundo colonial proponiendo perspectivas excéntricas y desestructurantes. Sin embargo la visión del autor no es unívoca y se rinde ya a la seducción de lo autóctono ya a los fastos y amparo del Poder, desplegando los claroscuros de su propia imagen barroca.

La ubicación del letrado criollo dentro de la red discursiva de su tiempo es, en efecto, ambigua y se presta a interpretaciones múltiples. Ross analiza el valor emblemático concedido tradicionalmente por la crítica a la figura de Sigüenza y Góngora, estudiada en general en contrapunto con la de Sor Juana Inés de la Cruz, proponiendo una perspectiva totalizante que rescate tradición, obra y época sin polarizaciones ni reduccionismo, respetando la conflictiva realidad en que se gesta el discurso criollo. Calificado alternativamente como humanista renacentista, académico que se debate entre medievalismo y racionalidad, "héroe de la modernidad", mentalidad "pre-ilustrada", exponente de la estética góngorina y representante de la cultura mestiza, Sigüenza y Góngora ofrece al lector actual una obra multifacética que hunde sus raíces en la cultura autóctona al tiempo que se ensambla en el sin-tiempo de los universales y las polémicas eruditas del Viejo Mundo.

En Sor Juana Inés de la Cruz esta pugna por la definición de una identidad individual y colectiva se expresa a través de un discurso mucho más subjetivista y anclado en la peripecia personal, que recurre al género epistolar y autobiográfico tanto como a los modelos literarios provenientes del Barroco peninsular, redimensionándolos en un discurso criollo innovador. Retórica y *poiesis* vinculan en su obra los espacios culturalmente controlados de la corte y el convento, así como los ámbitos de la cotidianidad y la "alta cultura", redefiniendo los dominios de lo público y lo privado y proponiendo una integración disciplinaria que proyecta el humanismo barroco hacia el horizonte de una racionalidad crítica a partir de la cual se define el proyecto criollo.

Como demuestra Julie Greer Johnson, en la obra de la monja jerónima sátira e ironía son recursos a través de los cuales se desafían y desmontan muchas de las bases en que se asentaba el dogmatismo patriarcal de su tiempo, inaugurando un nuevo ángulo de conocimiento y cuestionamiento social que desmitifica muchos de los supuestos y convenciones que caracterizaban al orden novohispano. Johnson demuestra cómo, inspirada tanto en la tradición

literaria como en los escritos satíricos producidos por San Jerónimo como instrumento de reforma cristiana, Sor Juana expande los recursos de su predecesor aplicándolos al campo mucho más amplio de las relaciones sociales dentro del regulado orden colonial, y definiendo una perspectiva femenina que cuestiona desde un nuevo ángulo aspectos esenciales de la cultura virreinal. Esta experiencia cultural de vasos comunicantes que une discurso religioso y literario, nutriendo la praxis poética con temas, recursos retóricos y técnicas representacionales pertenecientes a distintas vertientes, confiere a la creatividad colonial un peculiar sincretismo que ahonda y expande su capacidad interpelativa.

Como una contribución al vasto campo que corresponde a la identificación de las matrices discursivas y las fuentes que nutren los discursos coloniales, José Pascual Buxó analiza la influencia de Ignacio de Loyola en la poesía hispanoamericana, mostrando de qué modo la cosmovisión centrada en los conceptos de la fe y la piedad marca la producción poética del Barroco americano. A través de la obra de Francisco Alvarez de Velasco Zorrilla (autor, entre otras cosas, de la *Carta laudatoria en celebración de Sor Juana Inés de la Cruz*) Pascual Buxó estudia la vertiente ignaciana, la cual no sólo entrega a la creación poética los temas canónicos de la meditación piadosa, sino todo un sistema de conceptos e imágenes de “impresionante cualidad corpórea”, que alimentan el imaginario literario hispanoamericano.

La construcción, a través de la imaginación, de un “espectáculo interior”, y su consecuente plasmación a través de la imagen es una de las instancias del método cognoscitivo y representacional (alegorizador) del Barroco, a través del cual se revelan realidades que escapan a la captación racional ordinaria. El acto de la contemplación y la consecuente conceptualización del mundo interior o exterior como espectáculo y fiesta de la forma, es parte de un esfuerzo por aprehender y comprender la materialidad circundante.

En su estudio de la corporalidad barroca, Mario Cesaréo se aproxima a esta dimensión de la estética virreinal analizando la relación entre práctica misionera y estrategias

narrativas a través de la obra de Alonso de Sandoval, jesuita afincado en Cartagena de Indias y autor, entre otros textos, del que lleva por título *De instauranda Aethiopia salute*, tratado sobre la esclavitud publicado en Sevilla en 1627. Cesaréo se ocupa del proceso de identificación y representación de la otredad americana llevada a cabo por el misionero a través de la observación y registro de la corporalidad sufriente del esclavo que ocupa el espacio a la vez utópico y aterrador de la colonia. El paso de la empiria a la alegorización del espectáculo social americano es visto como una épica o "un viaje a lo sagrado" donde el conocimiento atraviesa las máscaras de lo satánico hasta descubrir el verdadero rostro del Otro. La sensibilidad alegórica supone una empatía que permite la apropiación conceptual de la alteridad, en un juego barroco de imágenes donde lo antropológico se transfigura en discursos que dislocan, disuelven y recomponen la realidad americana en tanto materia prima de una fracasada utopía.

La multiplicidad de discursos que pugnan por definir la condición histórica y la identidad cultural del sujeto colonial confiere al Barroco americano un carácter intensamente fermental, híbrido y contradictorio, que se resiste a interpretaciones unívocas. Su carácter "monstruoso", ex-céntrico y evasivo, la "verdad sospechosa" que exhiben los productos más representativos del período, nos enfrentan a imágenes hiperbólicas, exóticas y paradójicas que han sido con frecuencia confundidas con los rostros esquivos y plurales de América.

Quizá ninguna figura de la historia colonial americana ilustra mejor esta condición dual y extra-ordinaria que la de Juan Ruiz de Alarcón, cuya obra, encabalgada entre metrópolis y colonia, es mímica y transgresión de los homogeneizantes discursos del Poder. Alberto Sandoval analiza su cualidad ex-céntrica, su apertura plural a la enmascarada problemática de la sociedad barroca, revisando la condición tangencial del mexicano a través de las categorizaciones historiográficas a que su obra diera lugar. Así, el crítico cuestiona la canonización tradicional del autor mexicano, y

trata de encontrar sentido a la extrañeza, ex-centricidad y extra-vagancia del dramaturgo en tanto metáforas de la distancia crítica y la marginalidad. Sandoval elabora el concepto de "réplica" en su análisis de la duplicidad del discurso alarconiano, proponiendo un nuevo análisis de textos en los que, paradójicamente, la referencialidad y subjetividad colonial son una presencia ausente.

En una dirección convergente con la analizada, la producción poética del Barroco americano se inscribe a su vez, con sus particulares recursos y motivos, dentro del proyecto criollo de definición del sujeto colonial. Recordando la afirmación de Alfonso Reyes de que "la poesía es el nervio de la literatura en el XVII", Georgina Sabat-Rivers analiza la obra de Bernardo de Balbuena y Hernando Domínguez Camargo como ejemplo de abordaje de la temática de la alteridad en el mundo colonial a través de la poesía. En un esfuerzo por distinguir los rasgos del Barroco de Indias en relación con el peninsular, Sabat-Rivers revisa la caracterización del Barroco canónico estudiado principalmente por José Antonio Maravall, recogiendo las notas que se aplican específicamente al caso americano. La cultura del Barroco colonial, que Lezama Lima identificara como "un arte de la contraconquista" por su intento de recuperación de las raíces de la cultura vernácula, exhibe la polaridad existente entre la alteridad imperial y la especificidad americana. Los modelos representacionales usados por Balbuena y Domínguez Camargo evidencian la tensión entre los géneros codificados que entrega la tradición literaria española y las necesidades expresivas del mundo del colonizado, cuya complejidad sobrepasa los parámetros metropolitanos. La ciudad mexicana que se inserta en el género pastoril y desborda con su grandeza los límites del mismo, o la reconversión de la épica que incluye en *El Bernardo* el elogio y humanización del mundo americano muestran, como en la obra de Domínguez Camargo, el arraigo de la escritura en la materialidad del Nuevo Mundo.

El tema de la *otredad* (o la *identidad* americana, depen-

diendo del punto de mira), pasa sin duda por esa "voluntad de apropiación" de la cultura universal que nos recuerda Raquel Chang Rodríguez en relación con la obra de Juan de Espinosa Medrano. Tanto en la práctica del sermón barroco analizada por Rodríguez Garrido como en la utilización del discurso encomiástico en el *Apologético en favor de don Luis de Góngora*, como en los autos sacramentales del escritor cuzqueño, esa intencionalidad participativa se asienta en el manejo de los modelos discursivos metropolitanos, cuya utilización es ante todo prueba de la competencia intelectual del letrado criollo. Pero es sin embargo a través de la "subversión" de esos modelos que se define la práctica criolla. Chang Rodríguez examina cómo en *Amar su propia muerte* "el Lunarejo" efectúa la articulación de la circunstancia americana con la cultura del dominador, proponiendo un discurso plurivalente donde "el mundo andino penetra la fábula barroca" abriéndose a una multiplicidad de interpretaciones tanto ideológicas como literarias.

Por su parte, Rodríguez Garrido muestra una dimensión similar en su estudio de la "Oración panegírica a la gloriosa Santa Rosa, patrona de los Reynos del Perú" donde Espinosa Medrano a partir de varios niveles de lectura, interpela al receptor americano a través de la organización simbólica del mundo representado, y de una emblemática caracterización de la santa americana. El mito grecolatino, la cultura evangélica y la realidad americana coinciden en la argumentación del sermón, que alterna la temática religiosa con la alabanza y defensa del mundo colonial, definiendo el lugar de América dentro de la cultura occidental. Como en *Amar su propia muerte*, Espinosa Medrano opera en su oratoria sagrada a partir de la aproximación de realidades culturales del Viejo y Nuevo Mundo, y confiere importancia fundamental a la mujer como catalizador de acontecimientos o como paradigma simbólico en torno al cual se organizan significados que desafían la rigidez patriarcal de la sociedad virreinal.

La "reinvención" del signo barroco de que habla Chang Rodríguez, se realiza, en efecto, en múltiples niveles de la

elaboración discursiva. En la utilización del género de apologías y defensas, la problemática criolla es transmitida a través de modelos retóricos de larga tradición que sirven a la reelaboración de la marginalidad colonial en tanto asiento de discursos cuestionadores de la hegemonía imperial. La voz subalterna y relegada del letrado criollo fija en la escritura virreinal los reclamos y propuestas que corresponden a su particular inserción dentro de las instituciones de la colonia, reconvirtiendo los discursos dominantes a través de un creativo diálogo con el Poder. El discurso encomiástico y los recursos de la (auto)defensa definen el lugar del Otro y a la vez impugnan su centralidad, constituyendo el espacio contradictorio de la identidad americana.

Convergentemente con esta problemática, la condición del letrado en la colonia brasileña presenta conflictos similares a los estudiados en el mundo hispano. Como indica Lucia Santiago Costigan, "náufrago en una especie de purgatorio colonial, el intelectual criollo era un individuo caracterizado por un doble condicionamiento que lo dislocaba: no era reconocido como peninsular, pero tampoco se identificaba con lo nativo". La alienación del letrado criollo respecto a Portugal se manifiesta a través de su utilización del modelo barroco. En casos como los de Bento Teixeira, Manuel Botelho de Oliveira y Antonio Vieira, la ornamentación barroca celebra la hegemonía lusitana, inhibiendo la problemática social y cultural de la colonia. Contrariamente, en la obra de Gregório de Matos la veta satírico-burlesca incorpora una perspectiva crítica donde el característico desengaño barroco desmitifica la eficacia y ejemplaridad del proyecto imperial. Su popularización del lenguaje poético, su inserción de la oralidad y los contenidos que remiten a la cultura indígena y africana producen la fractura del homogeneizante discurso lusitano, creando a través de la irreverencia, el humor y la crítica, las bases para un proyecto alternativo al dominante.

Los artículos que componen *Relecturas del Barroco de Indias* se organizan así en torno a una serie de ejes que sitúan

el análisis e interpretación de la literatura del período en el terreno de una crítica de la cultura, intentando recuperar el período barroco a partir de su articulación con el proceso formativo de la conciencia criolla. Dentro de este proceso y a través de complejas estrategias discursivas, se va definiendo, en sus primeras instancias histórico-culturales, el sujeto americano en tanto actor social y productor de discursos liberadores y protonacionales. *Relecturas* se ofrece como una contribución a este vastísimo y mayormente inexplorado campo de estudio.

Las múltiples avenidas de investigación e interpretación que abre esta perspectiva crítica, tanto en lo que respecta al período barroco como en lo relativo a la cultura colonial en su totalidad son tributarias de los pioneros análisis de Mariano Picón Salas, quien en 1944, en su influyente libro *De la Conquista a la Independencia* acuñara la expresión "Barroco de Indias" fijando desde entonces una perspectiva fundamental para los estudios latinoamericanos, así como de los enjundiosos trabajos de Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, que aportaran datos y criterios hoy ineludibles para la comprensión de este período. Los logros de sus esclarecidos análisis son apoyo y estímulo de los esfuerzos actuales. Finalmente, este libro es también un homenaje a la memoria de Alfredo Roggiano, cuya constante labor creativa, editorial e investigativa enriqueció por muchas décadas los estudios hispánicos.

Desco agradecer expresamente la paciente cooperación de los autores que integran este volumen, así como el apoyo de todos aquellos que, gracias a su consejo y asesoramiento, contribuyeron a su producción. Entre ellos, agradezco principalmente el cálido estímulo de Antonio Cornejo Polar, y la acogida que brindara Ediciones del Norte a este proyecto editorial. Asimismo, expreso mi especial reconocimiento al Ministerio de Cultura Español, cuya fundamental contribución hizo posible esta publicación.

M.M.